

CARLOS SANDER

JUAN GUZMAN CRUCHAGA, PREMIO NACIONAL DE LITERATURA 1962

---

EL GRAN ensayista y académico Dámaso Alonso, en uno de sus más sagaces estudios sobre la poesía, expresa: "Nadie nos revelará nunca el misterio de la poesía. Vanas alusiones, corredores que dan vueltas en el aire, palabras tan aparentemente claras que nos engañan con su luz y, en su diafanidad, nos celan el secreto intacto. Tal vez el único premio de esta Humanidad, que desde miles de años está sedienta por conocer la razón victoriosa de la palabra cuando se hace alma en el ritmo poético".

Y centrando su idea sobre la poesía, dice nuestro tratadista: "Porque la poesía, consiste en una íntima vibración del poeta, por vías de misterio comunicada a su obra; vibración que, en ondas de luz, nos descubre hasta profundidades últimas, como en prodigio, el pensamiento, nítidamente traslúcido e intensificado; temblor que avanza en música a lo largo del ritmo; sacudida que hace fúlgida la imagen, vibración, estremecimiento, furia lo llamaron los antiguos".

Juan Guzmán Cruchaga, que acaba de obtener el Premio Nacional de Literatura 1962, es un poeta con todos los atributos exigibles en la gran poesía y se diría que Dámaso Alonso, en su agudo análisis sobre la poética universal, está diseccionando la lírica blanca, transparente, purísima del poeta chileno.

Al concedérsele a Juan Guzmán Cruchaga el máximo galardón literario de Chile, que inmortaliza de por vida y de por muerte a todo escritor que alcanza ese laurel, la poesía tradicional en belleza y profundidad ha ganado la más bella victoria, en una hora en que los abstractos pretenden conquistar el trono de la belleza con sus "ismos" audaces, distorsionados, apopléticos y "feistas".

Siempre lo clásico o lo que bordeó a lo clásico, el versolibrismo puro, obtuvo la victoria. No puede ser de otra manera. En Chile se mira hacia los moldes antiguos para requerir perennidad de lec-

ción. En la lengua castellana actual, cuando se desea aprender algún camino vigoroso, se mira hacia el Siglo de Oro y en él los temblores espirituales encuentran la marejada normal y profunda.

Juan Guzmán Cruchaga labora en la poesía desde muy mozo. Su obra no es demasiado copiosa, pero en todos sus libros se advierte su mano de gran burilador de la poesía. Canto suave, como en diapasón, dulce, medroso, recio. Se diría un San Juan de la Cruz cantando con acentos chilenos. Un Góngora en algunos momentos. Ha incursionado en el teatro con bastante éxito. Su gran sueño es ir a España para vivir junto a los artistas y a los actores y bañarse en el teatro clásico de los tres grandes: Calderón, Tirso y Lope.

Citemos algunas de sus obras. Sus libros "Junto al Braseró", "Lejana", "La Fiesta del Corazón", "El Maleficio de la Luna", "Chopin", "La Mirada Inmóvil", "Agua del Cielo", "La Princesa que no tenía corazón", "Guitarra de la Ausencia", "La Sombra", "Aventura y Canción", "María Cenicienta" y muchos otros, nos muestran las dulces aguas poéticas del hombre que ciñe hoy el Premio Nacional de Literatura, que obtuviera por primera vez en Chile, el novelista y poeta de la prosa, Augusto D'Halmar.

A su condición de gran poeta, hemos de agregar en Juan Guzmán Cruchaga su condición de gran diplomático. Durante más de cuarenta años trabajó en nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, sirviendo delicadas funciones consulares y diplomáticas en muchos países y desempeñando cargos de mucha confianza en la Cancillería misma. Hasta hace muy poco fue Embajador de Chile en El Salvador. Jubiló con ese rango, para dedicarse por entero a la literatura. El Premio Nacional de Literatura 1962, lo sorprende en plena madurez creadora y cuando se apresta para entregar nuevas obras poéticas y teatrales. Seguramente los frutos van a ser ubérrimos. Uvas que vendimiará con mano otoñal y con un corazón donde la primavera brilla todavía con esplendor y con ese romanticismo que el Marqués de Bradomín supo tener cuando vivía sus inmortales Sonatas.

Recordamos al poeta en conversaciones deleitables. Su poesía tersa y suave la ha llevado a sus ademanes, a sus gestos, a su bondad. Ha sabido identificarse con su poesía de lírica blanca, apartándose de todo lo sectario y lo material.

No sólo ha llegado a la cumbre literaria. Ha ascendido a la cúspide de la perfección espiritual, que es el ascenso más difícil del hombre. Las borrascas han quedado abajo. Las pasiones han sido ven-

cidas por su corazón de cántaro y es hoy un maestro que merece ese nombre. Si hubiera vivido en Grecia, estaría al lado de una fontana, vistiendo una túnica y rodeado de discípulos.

Ha tenido una musa permanente, a la que en esta hora no hay que olvidar. Su esposa y compañera, doña Raquel Tapia Caballero, que lo ha acompañado largamente en sus peregrinaciones por la tierra y por la poesía. Bella y grácil, tierna, suave y maternal, ella ha sido el espejo de sus salmos y la samaritana que ha marchado con el poeta, sosteniendo el cántaro con el agua refrescante.

La recordamos en una tarde, recitando con voz delgada y cantarina:

*Pienso que de los cármenes lejanos  
ha de venir, lo mismo que en un cuento,  
una reina a curar mi desaliento  
con las últimas rosas de sus manos.*

*Viene y va mi dolor como una esencia  
de jazmines enfermos, en el leve  
y angustiado sigilo de la brisa.*

*Es tan sensible mi convalecencia  
que el vuelo de las hojas me conmueve  
y me hace sollozar una sonrisa.*

Hay en la poesía de Juan Guzmán Cruchaga esa tristeza que emanan los pensamientos de los solitarios, de los hombres escogidos. El poeta, para realizarse, debe conocer la tristeza y cantarla con acentos propios. Hace flamear en sus versos una melancolía llena de lineamientos personales.

En Juan Guzmán Cruchaga, la tristeza ha formado su poesía y la ha decantado. Tristeza y soledad son los faros del poeta. El balbucea en su antiguo poema "Rosa de Humo", en un fragmento:

*Tengo el alma inclinada hacia la muerte  
como la espiga, el cántaro y la ola.  
El más allá es un río de vacío  
mueve un caudal arrasador de sombras.*

*¡Ay amor de agua, amor de nube errante,  
de hojas secas que crujen y se buscan!  
Mi corazón abandonado tiembla  
en ésta frágil amistad de espumas.*

¿Puede un poema bastar en la vida de un poeta? La pregunta es difícil, porque ese poema debe tener una gran latitud cualitativa, sinfónica, vigorosa; ha de contener los mayores temblores del alma del hombre.

Juan Guzmán Cruchaga pudo hacerlo y lo realizó en plena juventud. Su "Canción" ha traspasado todas las fronteras y se ha traducido a casi todas las lenguas. Para muchos que no conocen la vastedad y belleza de la obra del poeta, Juan Guzmán Cruchaga es el poeta de "Canción".

Lo hemos leído en todas nuestras etapas. Cuando éramos niños y adolescentes. Cuando entramos a la madurez. Y siempre al musitarlo a media voz, sentimos que nos temblaban los estambres más recónditos del corazón. Y es que ese poema tiene toda la belleza exigible de la gran poesía. Está como recubierto de una melancolía adusta, de un fatalismo musulmítico, de un estremeciente candor destrozado. Sabemos que el poeta se molesta, cuando todos le hablan de "Canción". Y es que tal vez él mismo no sepa lo grandioso del poema hecho, que tiene algo de salmo bíblico.

Al contemplar el laurel sobre la frente del poeta, no podemos dejar de balbucear su "Canción", solitarios en nuestra estancia, mientras el murmurio del mar entrega sus trovas y mezcla sus aromas con los arpegios que el poema conlleva:

*Alma, no me digas nada,  
que para tu voz dormida  
ya está mi puerta cerrada.*

*Una lámpara encendida  
esperó toda la vida  
tu llegada.  
Hoy la hallarás extinguida.*

*Los frios de la otoñada  
penetraron por la herida  
de la ventana entornada.*

*Mi lámpara, estremecida,  
dio una inmensa llamarada.  
Hoy la hallarás extinguida.*

*Alma, no me digas nada,  
que para tu voz dormida  
ya está mi puerta cerrada.*